

843
Z.

Pa 2498
A1
1897
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del editor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—G. Juste, impresor, Pizarro, 15.

LA BESTIA HUMANA

VII

Aquel viernes, los viajeros que iban á tomar el exprés en el Havre á las seis y cuarenta, dejaron escapar, al despertarse, un grito de sorpresa: la nieve caía desde las doce de la noche en copos tan apretados y gruesos, que las calles tenían una capa blanca de treinta centímetros.

Ya bajo el soportal cubierto la Lisón soplabá, echando humo, enganchada á un tren de siete vagones, tres de segunda clase y cuatro de primera. Cuando á eso de las cinco y media llegaron Santiago y Pecqueux al depósito para la visita, lanzaron un gruñido de inquietud ante aquella nieve obstinada que vomitaba el cielo negro. Y ahora, en su puesto, esperaban la ordenada con el silbato; miraban á lo lejos, más allá del inmenso arco la marquesina, contemplando el caer mudo y continuo de los copos, blanqueando las tinieblas como un calofrío lívido.

El maquinista murmuró:

—¡Que me lleve el demonio si veo una señal!
—¡Con tal que podamos pasar!—dijo el fogonero.

Roubaud estaba sobre el andén, con su farol, de vuelta en el minuto mismo en que principiaba su servicio. Por instantes sus párpados enrojecidos se cerraban de cansancio, sin que por eso dejara de vigilar. Al preguntarle Santiago si nada sabía respecto al estado de la vía, se acercó á estrecharle la mano, contestando que no había recibido aún telegrama alguno; en aquel momento bajaba Severina, envuelta en un gran manto, y él mismo la acompañó hasta un vagón de primera, en donde la instaló. Sin duda había sorprendido la mirada de ternura, inquieta, cruzada entre los dos amantes; pero ni siquiera se le ocurrió decirle á su mujer que era imprudente ponerse en camino con un tiempo semejante, y que haría mejor en dejar el viaje para otro día.

Llegaron después los viajeros cubiertos hasta los ojos, cargados de maletas; aquello era un vaivén continuo en medio del frío terrible de la mañana. Ni siquiera se derretía la nieve del calzado; las portezuelas se cerraban en seguida; cada cual se hundía en su rincón; el andén quedaba desierto, mal alumbrado por las luces indecisas de algunos mecheros de gas; y en tanto el farol de la máquina, colgado hacia adelante en la base de la chimenea, ardía solo, como un ojo gigante, ensanchando á lo lejos, en la obscuridad, su capa de reflexión.

Pero Roubaud levantó su linterna y dió la señal. El conductor jefe silbó y Santiago contestó, después de haber abierto el regulador girando hacia adelante el volantito del cambio de marcha. Partían.

Durante un minuto aún, el subjefe siguió tranquilamente con la mirada al tren que se alejaba bajo la tormenta.

—¡Y cuidadito!—dijo Santiago á Pecqueux.
—¡Fuera bromas hoy!

Había notado que también su compañero parecía rendido de cansancio; el resultado, seguramente, de alguna juerga de la víspera.

—¡Oh! ¡no tenga Ud. cuidado, no tenga usted cuidado!—balbuceó el fogonero.

En seguida, en cuanto salieron del soportal, los dos hombres entraron en la nieve. El viento soplaba del Este, de modo que las ráfagas azotaban la máquina de cara, y detrás de la placa de resguardo no sufrieron mucho al principio, cubiertos con trajes de gruesa lana y protegidos los ojos con gafas; pero en medio de la obscuridad, la luz intensa del farol estaba como empañada por aquellas espesas capas blanquizas que caían. En lugar de alumbrar á dos ó trescientos metros, aparecía la vía bajo una especie de niebla lechosa, en donde sólo se veían las cosas muy aproximadas, como desde el fondo de un sueño. Y según temía él, lo que llevó hasta el colmo la inquietud del maquinista, fué el notar ya, desde el farol del primer puesto, que no vería ciertamente, á la distancia

de reglamento, las señales rojas, cerrando la vía. Desde aquel momento adelantó con suma prudencia, sin poder, sin embargo, disminuir la velocidad, pues el viento le ponía una resistencia enorme y todo atraso habría sido un peligro igualmente serio.

Hasta la estación de Harfleur, la Lisón siguió con bastante rapidez. La capa de nieve que había caído no preocupaba aún á Santiago, pues á lo sumo había sesenta centímetros y el escampavía quitaba fácilmente un metro. Sólo le preocupaba conservar su velocidad; pues sabía muy bien que el verdadero mérito de un maquinista, después de la sobriedad y el amor á su máquina, consiste en andar con marcha normal, sin sacudidas, á la más alta presión posible. Es más, este era su único defecto, obstinado en no pararse, desobedeciendo á las señales, creyendo siempre que tendría tiempo suficiente para dominar á la Lisón; y así es, que á veces iba demasiado lejos, aplastaba los petardos, «los callos», como los llaman, lo cual dos veces ya le había valido estar ocho días sin sueldo.

Pero en el momento de mayor peligro, al recordar que Severina estaba allí, que corría á cargo suyo aquella querida existencia, doblaba la fuerza de su voluntad, y su vista se extendía hasta París, á lo largo de aquella doble línea de hierro, en medio de los obstáculos que le era preciso franquear.

De pie sobre la placa de hierro colado que unía la máquina con el tender, en medio de los

continuos vaivenes de la trepidación, Santiago, á pesar de la nieve, se inclinaba hacia la derecha para ver mejor. Por el cristal de resguardo, lleno de agua, nada distinguía; y permanecía con la cara envuelta en las ráfagas, azotada la piel con millares de agujas, mordida por un frío tal, que sentía como cortaduras de navaja de afeitar. De tiempo en tiempo se retiraba para tomar aliento; se quitaba las gafas y las limpiaba; después volvía á su puesto de observación, en pleno huracán, con la mirada fija, esperando los faroles rojos, tan absorto en su preocupación, que dos veces tuvo el alucinamiento de ver repentinas chispas ensangrentadas, manchando la cortina pálida que temblaba delante de él.

Pero bruscamente, en las tinieblas, notó que el fogonero no estaba en su puesto. Sólo una linternilla alumbraba el nivel de agua, para que ninguna otra luz cegase al maquinista; y sobre la esfera del manómetro, cuyo esmalte parecía conservar luz propia, vió que la aguja azul, temblando, bajaba rápidamente. Era que se apagaba la lumbre. El fogonero acababa de caer sobre el cofre, vencido por el sueño.

—¡Pijotero, borrachín!—gritó Santiago, furioso, sacudiéndole.

Pecqueux se levantó y se excusó con un gruñido ininteligible. Apenas podía tenerse en pie; pero la fuerza de la costumbre le puso en seguida delante del hogar, con el martillo en la mano, rompiendo el carbón, extendiéndolo sobre el enrejado con la pala, en una capa muy igual; des-

pués dió un escobazo. Y mientras quedó abierta la puerta del hogar, un reflejo de horno inmenso iluminó el resto del tren, semejante á la cola flamante de un cometa, que incendiaba la nieve, azotándola con anchas gotas de oro.

Pasado Harfleur principió la gran subida de tres leguas que va hasta Saint-Romain, la más ruda de toda la línea. Así es que el maquinista se puso de nuevo en su puesto con suma atención, necesitándose un gran esfuerzo para subir aquella cuesta, ya muy trabajosa con buen tiempo. Con la mano sobre el volante del cambio de marcha, miraba huir los palos telegráficos, tratando de darse cuenta de la velocidad. Esta disminuía mucho; la Lisón estaba jadeante y se notaba el roce de los escampavías producido por una resistencia mayor. Con la punta del pie abrió de nuevo la puerta, y el fogonero, soñoliento, comprendió y activó aún el fuego para aumentar la presión. La puerta se puso roja y despedía un reflejo violado sobre las piernas de ambos. Pero no sentían aquel calor abrasador, envueltos como estaban en la corriente de aire helado. Avisado por un gesto de su jefe, el fogonero acababa también de levantar la varilla del cenicero, á fin de activar el tiro. Rápidamente, la aguja del manómetro había subido á diez atmósferas, y la Lisón desplegaba toda la fuerza de que era capaz. Y hasta sucedió que en cierto momento, viendo bajar el nivel de agua, tuvo el maquinista que hacer mover el volantito del inyector, lo cual disminuyó la presión. Mas pronto

se elevó de nuevo; la máquina rugía, escupía, como un animal de cuyas fuerzas se abusa, con sobresaltos, sacudidas de los riñones, oyéndose crujir sus miembros. Y Santiago la maltrataba como á una mujer envejecida y menos fuerte, sin sentir hacia ella la misma ternura que antes.

—¡Nunca llegará hasta arriba la flojota!—dijo entre dientes, él, que nunca hablaba durante el camino.

Pecqueux, extrañado, en su somnolencia, le miró. ¿Qué tenía que gruñir contra la Lisón? ¿Pues no era la excelente máquina, siempre obediente, arrancando con tanta facilidad que daba gusto hacer que echara á andar, y de tan buena vaporización que ahorraba la décima parte del carbón desde París al Havre? Cuando una máquina tenía volantes como los suyos, tan bien acondicionados, cortando maravillosamente el vapor, podían tolerársele todas las imperfecciones como á una mujer hacendosa, buena y económica. Sin duda gastaba demasiada grasa. ¿Y qué? Con engrasarla, amén.

—Justamente, repetía Santiago exasperado.
—Nunca subirá si no se la engrasa.

Y cosa que no había hecho tres veces en su vida, cogió la alcuza para engrasarla durante la marcha. Pasando por encima de la barandilla, subió sobre el tablero, el cual signió á lo largo de la caldera. Pero era una maniobra peligrosísima. Sus pies se escurrian sobre la estrecha banda de hierro mojada por la nieve, y no

veía, amenazando aquel viento terrible con barrerle como una paja.

La Lisón, con aquel hombre agarrado á su flanco, continuaba su carrera jadeante en medio de la noche, en medio de la inmensa capa blanca, en donde abría un surco profundo. La máquina le sacudía, le arrastraba. Llegado que fué á la barandilla delantera, se agazapó delante del recipiente engrasador del cilindro derecho, y costóle infinito trabajo llenarlo, sujetándose con una mano en la barandilla. Luego tuvo que dar la vuelta, como un insecto que se arrastra, para ir á engrasar el cilindro de la izquierda. Y cuando volvió, rendido, estaba muy pálido, había sentido pasar la muerte rozándole.

—¡Asqueroso penco!—murmuró.

Extrañado por aquella violencia insólita tratándose de la Lisón, de la compañera de ambos, Pecqueux no pudo menos de decir, soltando una vez más su acostumbrada broma:

—Haberme dejado ir á mí: en eso de engrasar señoras estoy fuerte.

Algo más despabilado, también él estaba en su puesto, vigilando el lado izquierdo de la línea. Generalmente tenía buena vista, mejor que la de su jefe; pero en aquella tormenta todo había desaparecido, á duras penas podían ellos, á quienes tan familiar era cada kilómetro del camino, reconocer los sitios que atravesaban; la vía se hundía bajo la nieve, los setos y hasta las mismas casas parecían haberse derretido; aquello era sólo una llanura plana y sin fin, un caos de

formas blancas, indecisas, en donde la Lisón parecía galopar á sus anchas, desenfrenada, loca. Y nunca habían sentido los dos hombres tan estrechamente el lazo de fraternidad que les unía sobre aquella máquina en marcha, soltada en medio de todos los peligros, y en donde se veían más solos, más abandonados del mundo que en un cuarto cerrado, con más la agravante, la espantosa responsabilidad de las vidas humanas que arrastraban en pos de sí.

Así es que Santiago, irritado aún más por la broma de Pecqueux, acabó por sonreír, conteniendo la ira que le cegaba. No era ciertamente aquel el momento de reñir. La nieve redoblaba, el velo se espesaba en el horizonte. Continuaban subiendo, cuando el fogonero á su vez creyó ver brillar un farol rojo á lo lejos, y avisó con una palabra á su jefe. Mas ya no lo veía, sus ojos habían soñado, como á veces decía. Y el maquinista, que nada había visto, quedaba con el alma en un hilo, turbado por aquel alucinamiento de otro, perdiendo confianza en sí mismo. Lo que se le figuraba distinguir, más allá del torbellino pálido de los copos, eran inmensas formas negras, moles considerables, como trozos gigantes de la noche, que parecían echar á andar y venir á ponerse delante de la máquina. Serían acaso ribazos desmoronados, montañas que cerraba la vía, contra las cuales iba á estrellarse el tren...

Entonces, amedrentado, tiró de la varilla del silbato, silbó largo rato de una manera desesperada; aquel lamento se arrastraba, lúgubre, en-

vuelto en la tempestad. Y quedó muy extrañado al ver que había silbado á tiempo, pues atravesaba el tren á gran velocidad la estación de Saint-Romain, de la cual se creía distante dos kilómetros.

En tanto la Lisón, que ya había franqueado la terrible cuesta, se puso á rodar con más sosiego, y Santiago pudo respirar un momento. De Saint-Romain á Bolbec sube la línea de una manera insensible, y todo iría bien, sin duda, hasta la otra punta de la meseta. Cuando llegó á Beufeville, durante la parada de tres minutos, no dejó de llamar al jefe de estación, al que vió en el andén, para manifestarle sus temores, enfrente de aquella nieve, cuya capa seguía en aumento; nunca llegarían á Rouen; lo mejor sería doblar la tracción, añadiendo otra máquina, mientras se hallaban en un depósito, en donde siempre había máquinas disponibles. Pero el jefe de estación contestó que no había recibido órdenes y que no podía tomar sobre sí aquella responsabilidad.

Todo cuanto ofreció fué dar cinco ó seis palas para despejar los rails, caso que fuera necesario. Y Pecqueux cogió las palas, colocándolas en un rincón del tónder.

Sobre la meseta, en efecto, la Lisón continuó su marcha con buena velocidad, sin demasiado trabajo. Sin embargo, ya se cansaba. A cada momento tenía el maquinista que hacer un gesto, abriendo la puerta del hogar, para que el fogonero echase carbón; y cada vez, por encima del

melancólico tren, negro enmedio de toda aquella blancura, cubierta de un sudario, centelleaba la deslumbradora cola de cometa, agujereando la noche.

Eran las siete y cuarenta y cinco, el día despuntaba; pero apenas se distinguía su palidez en el cielo, en el inmenso torbellino blanquecino que llenaba el espacio de una á otra punta del horizonte. Aquella claridad indecisa, en donde nada se distinguía aún, inquietaba más á los dos hombres, quienes, llenos los ojos de lágrimas, á pesar de sus gafas, se esforzaban en penetrar lo que ocurría á lo lejos. Sin soltar el volante del cambio de marcha, el maquinista no dejaba ya la varilla del silbato, avisaba casi continuamente, por prudencia, con un silbido de angustia que lloraba en el fondo de aquel desierto de nieve.

Atravesaron Bolbec y luego Ivetot sin accidente. Pero en Motterille, Santiago, de nuevo, interpeló al subjefe, quien no pudo darle informes exactos sobre el estado de la vía. Ningún tren había llegado aún; sólo un telegrama anunciaba simplemente que el mixto de París estaba bloqueado en Rouen. Y la Lisón partió de nuevo, bajando con su paso lento y lleno de cansancio las tres leguas, ligero declive, que van hasta Barentin. Ahora ya había amanecido; la luz era muy pálida, y parecía que aquella claridad lívida fuese producida por la misma nieve. Caía ésta más densa, como un alba nebulosa y fría, anegando la tierra en trozos de cielo.

Al mismo tiempo que crecía la claridad, el viento redoblaba la violencia; los copos eran lanzados como balas; era preciso que á cada instante cogiese el fogonero su pala para quitar la nieve del carbón, en el fondo del ténder, entre las paredes del recipiente de agua. A derecha é izquierda aparecía el campo hasta tal punto desfigurado, que los dos hombres experimentaban la sensación de que huían en un sueño: los vastos campos llanos, los fértiles pastos cerrados con setos vivos, los patios plantados de manzanos, sólo eran ya un mar blanco, apenas hinchado de ligeras olas, una inmensidad pálida y temblona, en donde todo desfallecía en medio de aquella blancura. Y el maquinista, de pie, cortada la cara por las ráfagas, puesta la mano sobre el volante, principiaba á sufrir terriblemente efecto del frío.

Por fin, al llegar á Barentin, el jefe de estación, señor Bessiére, se acercó á la máquina para avisar á Santiago que señalaban grandes cantidades de nieve hacia la Croix-de-Maufras.

—Creo que aún se puede pasar—añadió.— Pero le costará á Ud. trabajo.

Entonces el joven se enfureció.

—¡Dios de Dios! ¡Ya lo dije en Beuzeville! ¿Qué les hubiera importado añadir una máquina?..... ¡Pues vamos á estar bonitos!

El conductor jefe acababa de bajar de su furgón, y también él se enfadaba. Estaba helado en su vigía; decía que no le era posible distinguir la señal de un palo telegráfico. ¡Un ver-

dadero viaje á tientas en medio de toda esa blancura!

—En fin, de todos modos, ya está Ud. avisado—repuso el señor Bessiére.

Los viajeros se extrañaban de aquella parada prolongada, en el gran silencio de la estación sepultada, sin un grito de empleado, sin un ruido de portezuela. Oyéronse correr cristales y asomaron algunas cabezas: una señora muy gruesa, con dos jóvenes rubias, preciosas, sus hijas sin duda, las tres inglesas seguramente; más lejos una mujer joven, morena, muy bonita, á la que un señor canoso obligaba á entrar; en tanto que dos hombres, uno joven y otro viejo, hablaban de coche á coche, con el busto medio fuera de la portezuela. Pero al echar Santiago una ojeada hacia atrás, sólo vió á Severina, inclinada también, mirando á la máquina, preocupada. ¡Ah! ¡la querida criatura, qué inquieta debía estar, y qué sentimiento el suyo al verla allí en aquel peligro! Habría dado toda su sangre por estar en París y verla bajar del tren sana y salva.

—Vaya, márchese Ud.—dijo el jefe de estación.—Es inútil asustar á la gente.

El mismo dió la señal. Subido otra vez en su furgón, el conductor jefe silbó, y otra vez arrancó la Lisón, después de haber contestado con un prolongado grito de lamento.

En segrieda notó Santiago que el estado de la vía cambiaba. Ya no era llanura, cubierta por espesa alfombra de nieve, en donde corría la

máquina como un buque, dejando su estela. Entraban ahora en el país de las cuevas y las cañadas, cuya ola enorme iba hasta Malaunay, y la nieve se había amontonado allí de un modo irregular; mientras la vía estaba descubierta en ciertos sitios, se ocultaba en otros bajo enormes montones que cerraban el paso.

El viento, que barría los terraplenes, llenaba, por el contrario, las zanjas. Y era aquello una continua sucesión de obstáculos, pedacitos de vía libre que luego se estrellaban contra verdaderas murallas. Ya era de día completamente y aquella comarca asolada, aquellas estrechas gargantas y aquellas recias pendientes tomaban, bajo su capa de nieve, el horror de un océano de hielo, inmovilizado en la tormenta.

Nunca se había sentido Santiago penetrado de tal frío. Bajo las mil agujas de nieve creía tener la cara ensangrentada, y ya no se daba cuenta de sus manos, paralizadas y tan insensibles, que quedó espantado al notar que perdía entre sus dedos la sensación del volantito del cambio de marcha. Cuando levantaba el codo para tirar de la varilla del silbato, su brazo le pesaba en el hombro como un brazo de muerto. Todas las historias conocidas de alucinamiento cruzaban por su cabeza. ¿No era un árbol caído aquello que estaba allí en la vía? ¿No había visto una bandera roja flotando por encima de aquel seto? ¿No estallaban petardos á cada minuto en medio del rugido ensordecedor de las ruedas? No habría podido decirlo; repetíase que sería pru-

dente parar, pero no llegaba á reunir suficiente voluntad para ello. Durante algunos minutos esta crisis le torturó; luego, bruscamente, al ver á Pecqueux dormido de nuevo sobre el cofre, derribado por la terrible mano de hielo que tanto le hacía sufrir á él también, se enfureció de tal manera que gritó sin poder contenerse:

—¡Ah! ¡Dios de Dios!..... ¡Imbécil!

Y él, tan condescendiente en general para los vicios de aquel borracho, le despertó á puntapiés, pegándole hasta que se puso en pie. El otro estaba tan entumecido que se contentó con gruñir, cogiendo su pala:

—¡Bueno, hombre, bueno, allá voy!

Cuando quedó cargado el hogar la presión aumentó; y ya era tiempo, pues la Lisón acababa de entrar en el fondo de una zanja en donde tenía que hendir una capa de nieve de más de un metro. Adelantábase haciendo un esfuerzo supremo que la agitaba con cierto temblor. Durante un momento sus fuerzas se agotaron, pareció que iba á encallar, como navío que da contra un banco de arena. Lo que aumentaba su peso era la nieve, que con enorme capa había ido cubriendo poco á poco la techumbre de los vagones. Seguían corriendo así, negros en la estela blanca, con aquella sábana tendida sobre ellos; la máquina tenía flecos de armiño, ciñendo sus negros riñones, en donde los copos se derretían ó caían en lluvia. Pero también esta vez, á pesar del peso, logró pasar. Y sobre un terraplén, á lo largo de una ancha

curva, pudo verse luego el tren, que adelantaba sin esfuerzo en la nevisca ligera y lechosa, semejante á una cinta de sombra perdida en medio de un país de ensueños, de blancura deslumbradora.

Más lejos las zanjas volvían, y Santiago y Pecqueux, que habían sentido á la Lisón hundirse en la nieve, reaccionaron contra el frío, contra el cansancio, de pie en aquel puesto que, aun moribundos, no podían abandonar. Otra vez perdía la máquina velocidad. Se había enzarzado entre dos escarpas y la detención se produjo lentamente, sin sacudida. No había remedio, la nieve la aprisionaba, impotente.

—¡Ya pareció aquello!—gruñó Santiago.—
¡Rayos de Dios!

Durante algunos segundos aún permaneció en su puesto, con la mano en el volante, abriéndolo por completo, para ver si cedía el obstáculo. Pero oyendo á la Lisón escupir y ahogarse en vano, cerró el regulador y se puso furioso.

El conductor jefe se había asomado á la puerta de su furgón, y al volverse Pecqueux, le gritó á su vez:

—¡Ya, ya estamos pegados!

Vivamente, el conductor jefe saltó sobre la nieve, que le llegaba hasta las rodillas. Se acercó y los tres hombres se reunieron en consejo.

—Lo único que podemos hacer es tratar de despejar la vía, acabó por decir el maquinista. Por fortuna tenemos palas. Llame Ud. al conduc-

tor de cola, y entre los cuatro seguramente conseguiremos descubrir las ruedas.

Hicieron señal al conductor de cola, quien también había bajado del furgón. Llegó con trabajo, sepultado en ciertos momentos.

Pero aquella parada en plena campiña, en medio de aquella soledad blanca, aquel ruido claro de las voces que discutían lo que convenía hacer, aquel empleado, saltando penosamente á lo largo del tren, con grandes pasos, había inquietado á los viajeros. Algunos cristales se abrieron. Gritaban, preguntaban, y todo era confusión, vaga aún y creciente.

—¿En dónde estamos?.... ¿por qué han parado?.... ¿qué hay?.... ¡Dios mío! ¿es alguna desgracia?

El conductor creyó necesario tranquilizar á la gente. Justamente al adelantarse la señora inglesa, cuya espesa cara encarnada estaba rodeada de las dos preciosas caras de sus hijas, le preguntó con marcado acento:

—Señor, ¿no es peligroso?

—No; no señora—contestó.—Un poco de nieve simplemente. Volveremos á echar á andar en seguida.

Y el cristal se cerró, en medio del fresco gorgo de las jóvenes, esa música de las sílabas inglesas, tan rápidas sobre labios jóvenes. Ambas reían muy divertidas.

Pero más allá, el señor canoso llamaba al conductor, en tanto que su joven esposa asomaba detrás de él su bonita cabeza morena.

—¿Y cómo es que no se han tomado precauciones? Esto es insoportable.... Vuelvo de Londres, mis negocios me llaman á París esta mañana, y le prevengo á Ud. que haré á la Compañía responsable de cualquier retraso que se produzca.

—Señor—se contentó con decir el empleado—nos pondremos de nuevo en marcha dentro de tres minutos.

El frío era terrible, la nieve entraba, y las cabezas desaparecieron, cerrándose los cristales. Pero en el fondo de los coches cerrados persistía una agitación, una ansiedad, cuyo sordo murmullo se oía. Sólo dos cristales permanecían abiertos; y puestos de codos en la portezuela, separados por tres coches, dos viajeros charlaban, un americano de unos cuarenta años y un joven que habitaba en el Havre, muy interesados uno y otro por el trabajo del despejo de la vía.

—En América, caballero, todo el mundo se baja y coge palas.

—¡Oh! esto no es nada, ya dos veces, el año pasado, quedé bloqueado por la nieve. Mis ocupaciones me hacen venir á París todas las semanas.

—Y las mías cada tres próximamente, caballero.

—¿Cómo, desde Nueva York?

—Sí, señor, desde Nueva York.

Santiago dirigía el trabajo. Al ver á Severina en la portezuela del primer vagón, en donde siempre se ponía para estar más cerca de él, la dirigió una mirada suplicante; ella le compren-

dió y se retiró para no quedar expuesta á aquel viento glacial que le abrasaba la cara. Desde aquel momento, pensando en ella, Santiago trabajó con ánimo. Pero notaba que la causa de la parada, el hundimiento aquel en la nieve, no era motivado por las ruedas: éstas cortaban las capas más espesas; era el cenicero, colocado entre ellas, el que impedía la marcha, amontonando la nieve, comprimiéndola en paquetes enormes.

Y se le ocurrió una cosa.

—Hay que desatornillar el cenicero.

Primero se opuso el conductor jefe, pero acabó por dejarse convencer.

—¡Puesto que asume Ud. toda la responsabilidad, adelante!

Sólo que aquello fué un rudo trabajo. Alargados bajo la máquina, con la espalda en la nieve que se derretía, Santiago y Pecqueux tuvieron que trabajar durante media hora. Por fortuna tenían, en el cofre de herramientas, desatornilladores de reserva.

Por fin, expuestos á abrasarse y á ser aplastados veinte veces, consiguieron desprender el cenicero. Pero aún no lo habían sacado, y era preciso echarlo fuera.

Con su peso enorme se enredaba entre las ruedas y los cilindros. Sin embargo, poniéndose los cuatro, lo sacaron de allí y lo arrastraron más allá de la vía, hasta el declive.

—Ahora, acabemos de despejar la vía—dijo el conductor.

Hacía cerca de una hora que el tren estaba detenido y la angustia de los viajeros había aumentado.

A cada minuto, un nuevo cristal se descorría, varias voces preguntaban por qué no echaban á andar. Era el pánico, gritos, lágrimas, en una crisis de miedo cada vez mayor.

—No, no, ya basta—dijo Santiago.—Suba usted, lo demás queda por cuenta mía.

Ocupó de nuevo su puesto, con Pecqueux, y cuando los dos conductores estuvieron en sus furgones, él mismo abrió el grifo del purgador. El ardiente chorro de vapor, ensordecido, acabó de derretir los montones que aún quedaban pegados á los rails.

Luego, puesta la mano en el volante, hizo contravapor. Lentamente retrocedió unos trescientos metros para tomar carrera.

Y activando el fuego hasta exceder la presión permitida, volvió contra la pared que cerraba la vía, arrojando allí á la Lisón con todo su peso, con toda la mole del tren que arrastraba. La máquina soltó un ¡han! terrible de leñador que hunde su hacha, y su fuerte armadura de hierro y bronce crujió. Mas no pudo pasar aún; se había parado, echando humo, vibrante del choque.

Entonces otras dos veces tuvo Santiago que recomenzar la maniobra; retrocedió, cargó sobre la nieve para arrastrarla; y cada vez la Lisón, haciendo un esfuerzo de riñones, pegaba con el pecho, con su furioso resoplido de gigante. Por

fin pareció tomar aliento, tersó sus músculos de metal en un supremo esfuerzo, y pasó, siguiéndola pesadamente el tren, entre los dos muros de nieve rajada hasta las entrañas. La Lisón estaba ya libre y salió de la zanja.

—¡Pistonuda yegua!—gruñó Pecqueux.

Santiago, cegado, se quitó las gafas y las limpió. Su corazón latía á grandes golpes, ya no sentía el frío. Pero bruscamente recordó una zanja profunda, á unos trescientos metros de la Croix-de-Maufras; abríase en la dirección del viento y la nieve, y sin duda se habría acumulado allí en cantidad considerable; y en seguida tuvo el presentimiento de que aquel era el escollo designado para su naufragio. Se inclinó hacia fuera. A lo lejos, después de la última curva, vió la zanja en línea recta, como un largo foso, atestado de nieve. El día era muy claro, aquella blancura deslumbradora no tenía límites, bajo el continuo caer de los copos.

En tanto andaba la Lisón con velocidad media, no habiendo encontrado obstáculo alguno. Por precaución quedaron encendidos los faroles delanteros y traseros; y la linterna blanca, en la base de la chimenea, relucía en medio de la claridad del día como el ojo vivo de un cíclope. La máquina rodaba y se aproximaba á la zanja, con aquella ancha mirada.

Entonces pareció que su aliento estaba entrecortado, como caballo que tiene miedo. Profundos estremecimientos nerviosos la sacudían, se encabritaba y no continuaba su marcha

sino forzada por la enérgica mano del maquinista. Con un gesto había éste abierto la puerta del hogar para que el fogonero activase el fuego. Y ahora ya no era una cola de astro que incendiaba la noche, era un penacho de humo negro, espeso, que manchaba el pálido sudario del cielo.

La Lisón avanzaba. Por fin fué preciso entrar en la zanja. En los dos lados las escarpas estaban sumergidas, y ya nada se distinguía del camino en el fondo. Era aquello como la hondonada de un torrente, en donde dormía la nieve, rebosando por todas partes. La máquina penetró allí abriéndose camino durante unos cincuenta metros, con aliento cansado, cada vez más lento. La nieve rechazada por ella formaba una barra que se amontonaba y subía, como ola enfurecida que amenaza sepultarla.

Durante un instante pareció atropellada, vencida. Pero con un último esfuerzo de riñones se libertó y adelantó treinta metros todavía. Era el final, la convulsión de la agonía: montones de nieve se echaban encima, cubrían las ruedas, todas las piezas del mecanismo eran invadidas, ligadas una á otra con cadenas de hielo. Y la Lisón se paró definitivamente, expirando en medio de aquel frío. Su aliento se apagó, estaba inmóvil, muerta.

—Esta vez va de veras— dijo Santiago.—Esto lo esperaba yo.

Inmediatamente quiso hacer contravapor para tratar de abrirse paso. Pero esta vez la Lisón no se movió. Rehusaba adelantar y retroce-

der, estaba bloqueada por todas partes, pegada al suelo, inerte, sorda. Detrás de ella el tren parecía muerto también, hundido hasta las portezuelas en la espesa capa. La nieve no cesaba, caía más apretada por largas ráfagas. Y era una varada en donde máquina y coches iban á desaparecer ya cubiertos á medias, bajo el gran silencio lleno de calofríos de aquella soledad blanca. Nada se movía ya, la nieve hilaba su sudario.

—¿Qué es eso, principiamos otra vez?— preguntó el conductor jefe, asomándose por fuera del furgón.

—¡Nos hicimos la pascual!— gritó simplemente Peequeux.

Ésta vez, en efecto, la situación se hacía crítica. El conductor de cola corrió á poner los petardos destinados á proteger el tren hacia atrás, en tanto que el maquinista silbaba desesperadamente con repetidas llamadas: el silbido jadeante y lúgubre del peligro inminente. Mas la nieve ensordecía el aire, el sonido se perdía, quizás sin que llegara hasta Barentin. ¿Qué hacer? Sólo eran cuatro y nunca conseguirían quitar aquella montaña. Habrían sido necesarios muchos hombres. Era necesario ir á buscar socorro. Y lo peor era que el pánico se declaraba de nuevo entre los viajeros.

Una portezuela se abrió, la linda morena saltó sobre la nieve, asustada, creyendo que ocurría alguna desgracia. Y su marido, el comerciante canoso, que la seguía, gritaba:

—Escribiré al ministro. ¡Esto es indigno!